

con toda la efusión de su corazón. Yo, como su jefe, puedo gobernar en este reino; yo no necesito adular á nadie; yo no seré más súbdito!

Es vencido; ¿se doblegará? Es precipitado «en la ciudad de destierro, en la mansión de los gemidos y de los odios implacables, en la noche eterna, horrible, surcada de humo y de llamas rojizas»; ¿va á arrepentirse? Al pronto se asombra, se desespera; pero su desesperación es la de un héroe:

«¿Es este el lugar estrecho (1) en que me encierra mi soberano? ¡Bien distinto, en verdad, de los otros que conocemos allá arriba, en el reino del cielo! ¡Oh! ¡Si yo dispusiese libremente de mis manos, y pudiese salir durante cierto tiempo! ¡Salir sólo por un invierno con mi ejército! Pero me rodean ligaduras de hierro, me tienen abatido nudos de cadenas. ¡Estoy sin reino! ¡Me aprietan tanto las trabas del infierno! ¡Me sujetan tan duramente! Aquí llamas inmensas por encima y por debajo; jamás vi campo más horrible. Este fuego no se amortigua nunca; este calor sube por encima del infierno. Los anillos que me abrazan, las esposas que me agarrotan las carnes me impiden andar, me cierran el camino; tengo atados los pies, presas las manos. He aquí adónde me ha confinado Dios.»

Puesto que nada tiene que hacer contra él, se volverá contra su nueva criatura, contra el hombre á quien lo ha perdido todo le queda la venganza; y si el vencido puede obtenerla, se considerará feliz, «repositará dulcemente, aun bajo el peso de sus cadenas».

(1) Este principio está en Milton. Se supone que pudo tener algún conocimiento de este poema por mediación del erudito Junius.

VII

Aquí se detuvo la cultura extranjera; fuera del cristianismo, no pudo injertar en ese tronco bárbaro ninguna rama fecunda ni viva. Todas las circunstancias que en otros puntos suavizaron la savia salvaje faltaba aquí. Los sajones encontraron la Bretaña abandonada por los romanos; no sufrieron, como sus hermanos del continente, el ascendiente de una civilización superior; no se mezclaron con los habitantes del suelo; los trataron siempre como enemigos ó como esclavos, persiguiendo como lobos á los que se refugiaban en las montañas del Oeste, explotando como bestias de carga á los que habían conquistado con el suelo. Mientras los germanos de la Galia, de Italia y de España se hacían romanos, los sajones, conservando su lengua, su genio y sus costumbres, creaban en Bretaña una Germania fuera de Germania. Ciento cincuenta años después de la conquista, la importación del cristianismo y el principio de asiento adquirido por la sociedad que se pacificaba hicieron germinar una especie de literatura, y se vió aparecer al venerable Beda, y después á Alcuino, á Juan Erígena y algunos otros, comentadores, traductores, preceptores de bárbaros, que trataban, no de inventar, sino de escoger y explicar, dentro de la gran enciclopedia griega y latina, lo que podía convenir á los hombres de su tiempo. Pero las guerras danesas vinieron á aplastar esa humilde

planta que de suyo hubiese abortado (1). Cuando Alfredo (2) el libertador se hizo rey, «había muy pocos eclesiásticos, dice, á este lado del Humber, que pudiesen comprender en inglés sus oraciones latinas, ni traducir ninguna cosa escrita del latín al inglés. A la otra parte del Humber, creo que no había muchos más; había tan pocos que, cuando yo tomé el reino, no me acuerdo de que existiese al Sur del Támesis un solo hombre capaz de hacer tal cosa.» Procuró, como Carlomagno, instruir á sus súbditos, y puso en sajon para su uso varios libros, sobre todo libros morales, entre otros el *Consuelo*, de Boecio; pero esta misma traducción delata la barbarie de los oyentes. Rehace el texto para apropiarle á su inteligencia; los lindos versos de Boecio, un poco pretensiosos, limados, elegantes, poblados de recuerdos clásicos, de un estilo refinado, digno de Séneca, se convierten en una prosa cándida, lenta, lánguida, y, sin embargo, truncada, semejante á un cuento de hadas contado por una niñera, que lo explica todo, que torna á empezar á cada paso, y corta las frases, y da mil vueltas alrededor de un pormenor: tanto hay que bajar para ponerse al nivel de ese espíritu completamente novel que jamás ha pensado y no sabe nada.

«Sucedió una vez que había un arpista en el país que se llamaba Tracia: éste era un país de Grecia. Ese arpista era extraordinariamente bueno. Se llamaba

(1) Ellos mismos sienten su impotencia y su decrepitud. Beda, dividiendo la historia del mundo en seis períodos, dice que el quinto, que se extiende desde la vuelta de Babilonia hasta el nacimiento de Cristo, es el período senil; el sexto es el presente, *aetas decrepita, totius morte saeculi consummanda*.

(2) Muerto en 901. Aldhelm, muerto en 709. Beda, muerto en 735. Alcuino vivía bajo Carlomagno. Erigena bajo Carlos el Calvo.

Orfeo. Tenía una mujer muy buena, que se llamaba Euridice. Pues la gente empezó á decir que ese arpista sabía tocar el arpa tan bien, que bailaban los árboles y se movían las piedras al son, y las fieras acudían á él y allí se quedaban como si las hubiesen domesticado, tan quietas que, aun cuando fuesen contra ellas los hombres ó los perros, no huían. Y se dice también que la mujer del arpista murió, y que su alma fué al infierno. Entonces el arpista se puso muy triste, tanto, que ya no podía vivir con los otros hombres, sino que se iba á los bosques y se sentaba sobre las montañas, noche y día, y lloraba y tocaba el arpa. Entonces los árboles se movían, y los ríos se paraban, y ningún ciervo huía de los leones, y ninguna liebre huía de los perros; y ningún animal sentía miedo ni odio hacia los otros, á causa de la dulzura del sonido. En esto le pareció al arpista que ya no le agradaba nada en este mundo. Entonces pensó que podría ir á buscar á los dioses del infierno, y tratar de ablandarlos con su arpa, y rogarles que le devolviesen su mujer.»

He ahí cómo se habla cuando se quiere transmitir un pensamiento balbuciente. Boecio tenía por lectores senadores, hombres cultos que entendían tan bien como nosotros las menores alusiones mitológicas. Alfredo tiene que explicar esas alusiones á la manera de un padre ó de un maestro que coge entre las rodillas á su chiquitín, explicándole ce por be las cosas que el latín no hace más que indicar; pero tal es la ignorancia que el preceptor mismo necesitaría que le corrigiesen: toma las Parcas por las Furias, y atribuye tres cabezas á Caronte como á Cerbero. Por fin, he aquí á Orfeo delante de Plutón:

«Después de tocar el arpa durante mucho, mucho tiempo, habló al rey de los habitantes del infierno. Y

éste dijo: demos al hombre su mujer. Porque la ha ganado con su música. Entonces le mandó que tuviese mucho cuidado de no mirar hacia atrás después que se marchase, y le dijo que, si miraba hacia atrás, perdería su mujer. Pero á los hombres les cuesta mucho reprimir su amor, si es que pueden. ¡Guay! ¡guay! He aquí que Orfeo se llevó á su mujer consigo hasta que llegó al límite entre la luz y la oscuridad. Detrás de él iba su mujer. Cuando llegó á la luz, miró atrás hacia su mujer. Pues en seguida la perdió.»

Ningún adorno en este relato; ninguna delicadeza como en el original. Harto tiene Alfredo con hacerse entender. ¿Qué va á ser en sus manos la noble moral platónica, la diestra interpretación á imitación de Jámblico y de Porfirio? Todo se hace pesado. Aquí hay que llamar á las cosas por su nombre, fijar los ojos de la gente en una idea de bulto, bien visible. Aun ésta es quizá demasiado alta para ellos:

«Esta fábula enseña á todo hombre que quiera huir de las tinieblas del infierno y llegar á luz del verdadero bien, á no mirar á sus antiguos vicios y practicarlos de nuevo tan plenamente como antes. Porque todo el que, con plena voluntad, vuelve su alma hacia los vicios que había abandonado antes, y los practica, gusta de ellos plenamente, no piensa jamás en abandonarlos, y pierde todo su antiguo bien, si otra vez no se enmienda.»

El sermón es apropiado á su auditorio de thanes; los daneses, que Alfredo acababa de convertir por la espada, tenían necesidad de una moral clara. Si se les hubiesen traducido exactamente las últimas palabras de Beocio, hubiesen abierto atónitos los ojos y se habrían dormido.

Es que todo el talento de un alma inculta yace en

a fuerza y en la sinceridad de sus sensaciones. Fuera de eso, es impotente; el arte de pensar y razonar excede su alcance. Tales hombres pierden todo genio al perder su ardiente fiebre. Balbucean de una manera torpe y pesada secas crónicas, especies de almanaques históricos. Los tomaríais por campesinos que, al volver de las faenas, van á escribir con tiza en una mesa ahumada la fecha de una escasez, el precio del trigo, los cambios de tiempo y las defunciones (1). No de otro modo, al lado de las secas crónicas de la Biblia que tartamudean la serie de los reinados y de las matanzas judaicas, se despliegan la exaltación de los Salmos y el delirio de las Profecías. El mismo poeta lírico puede ser alternativamente un zote y un hombre de genio, porque el genio le entra y se le marcha como una enfermedad, y, en vez de poseerle, le sufre:

«Año del Señor 611. Este año Cynegills empezó á reinar en Wessex, y ocupó el trono treinta y un inviernos. Cynegills era hijo de Ceol; Ceol era hijo de Cutha, y Cutha de Cyuric.

»614. Este año Cynegills y Cwichelin combatieron en Bampton, y mataron dos mil cuarenta y seis galleses.

»678. Este año apareció un cometa en Agosto, y brilló todas las mañanas durante tres meses, como un rayo de sol. Habiendo sido echado de su obispado el obispo Wilfrid por el rey Everth, fueron consagrados en su lugar dos obispos.

»901. Este año murió Alfredo, el hijo de Ethelwolf, seis días antes de la misa de todos los santos. Era rey de toda la nación inglesa, excepto de la parte que estaba bajo el poder de los daneses. Tuvo el gobierno

(1) Ingram's *Saxon chronicle*.

treinta inviernos, menos un año y medio. Y entonces tomó el gobierno su hijo Eduardo.

»902. Este año hubo un gran combate en el Holme entre los hombres de Kent y los daneses.

»1077. Este año se reconciliaron el rey de los francos y Guillermo, rey de Inglaterra; pero duró poco tiempo. Este año, la noche antes de la Asunción de Santa María, ardió Londres tan terriblemente como nunca antes desde que se edificó.»

Así hablan, con una sequedad monótona, los pobres monjes que, después de Alfredo, compilan y anotan los acontecimientos salientes y visibles; de vez en cuando, algunas reflexiones piadosas, un movimiento de pasión, y nada más. En el siglo x, el rey Edgardo da una finca á un obispo, á condición de que ponga en sajón la regla monástica, escrita por San Benito en latín. El mismo Alfredo es casi el último de los hombres cultos; y no llegó á serlo, como Carlomagno, más que á fuerza de voluntad y de paciencia. En vano los grandes espíritus de ese tiempo tratan de asirse á los restos de la bella civilización antigua, y de levantarse sobre la tumultuosa y fangosa ignorancia en que los demás se revuelcan; se levantan casi solos, y, muertos ellos, los restantes vuelven á hundirse en su cieno. La bestia humana es la soberana entonces; el espíritu no puede encontrar su puesto entre las rebeliones y los apetitos de la sangre, del estómago y de los músculos. Aun en el pequeño círculo en que trabaja, su labor no da resultados. El modelo que se ha propuesto le oprime y le encadena en una imitación que le corta los vuelos: no aspira más que á copiar bien. Zurce centones que llama versos latinos; se afana por dar con los giros auténticos de los buenos modelos; no consigue más que fabricar un latín enfático, corrompido, plagado de dis-

lates. En punto á ideas, los más profundos repiten doctrinas muertas de autores muertos. Hacen manuales de teología y de filosofía, siguiendo á los Padres; Erígena, el más docto, llega á reproducir las complicadas especulaciones de la metafísica alejandrina. A qué distancia se ciernen esas especulaciones y esas reminiscencias, sobre la gran muchedumbre bárbara que ruge y se agita en las bajas regiones, no hay palabras que puedan decirlo. Se ve un rey de Kent, en el siglo vii, que no sabe escribir. Figuraos bachilleres en teología que disertasen delante de un auditorio de carreteros, no de carreteros parisienses, sino de carreteros como los que aún existen en Auvernia ó en los Vosgos. En medio de esos clérigos que piensan como estudiantes aplicados, según sus autores favoritos, y están separados doblemente del mundo á título de hombres de colegio y de hombres de convento, Alfredo es el único que, á título de seglar y de espíritu práctico, desciende hasta el alcance de su público con sus traducciones en lengua sajona y con sus versos sajones; y ya se ha visto que su esfuerzo fué estéril, como el de Carlomagno. Había una muralla infranqueable entre la docta literatura antigua y la informe barbarie presente. Incapaces de entrar en el antiguo molde, y obligados á entrar en él á la fuerza, le retorcián. No pudiendo rehacer las ideas, rehacían el metro. Trataban de deslumbrar á sus colegas en versificación por el refinamiento de la factura y el prestigio de la dificultad vencida: bien así como, en nuestros colegios, los buenos alumnos imitan el estudiado artificio y la simetría de Claudiano, más bien que la desenvoltura y la variedad de Virgilio. Se ponían grillos en los pies, y probaban su fuerza corriendo con sus trabas. Se imponían las reglas de la rima moderna con las reglas de

la cantidad antigua. Añadían á ellas la exigencia de empezar cada verso con la misma letra que el anterior. Algunos, como Aldhelm, escribían acrósticos cuadrados, en que el primer verso, repetido al fin, se encontraba también á la izquierda y á la derecha; formado así por las primeras y últimas letras de todos los versos, abraza toda la composición, y el trozo de poesía se asemeja á un trozo de tapiz. Extrañas proezas literarias que transforman al poeta en artesano, y atestiguan la oposición que existía entonces entre la cultura y la naturaleza, y que estropeaba á la vez la forma latina y el espíritu sajón.

Más allá de esa barrera que separaba invenciblemente á la civilización de la barbarie, había otra no menos fuerte, que separaba al genio sajón del genio latino. La poderosa imaginación germánica, adonde afluyen súbitamente las imágenes brillantes y oscuras, para desbordarse después á sacudidas, contrastaba con el espíritu razonador, cuyas ideas se ordenan y desarrollan en filas regulares; por manera que, si el bárbaro conservaba en sus ensayos clásicos alguna porción de sus instintos primitivos, no llegaba á producir más que una especie de monstruo grotesco y horrible. Uno de ellos, ese Aldhelm, pariente del rey Ina, que en el puente de la ciudad cantaba á la vez baladas profanas é himnos sagrados, demasiado imbuido en la poesía nacional para imitar simplemente los antiguos modelos, adornó los versos latinos y la prosa latina con toda la pompa inglesa (1). Diríase un bárbaro que arranca una flauta de las manos hábiles de un artista del palacio de Augusto, para soplar allí con todos sus pulmones, como en una mugiente

(1) Expresión de Guillermo de Malmesbury.

trompa. Recarga de imágenes exageradas é incoherentes la sobria lengua de los oradores y administradores romanos; apareja de un modo violento las expresiones con alianzas imprevistas y extravagantes; acumula los colores; llega á la greguería extraordinaria é ininteligible de los últimos eskaldas. Como que es un eskalda que latiniza, y transporta á su nuevo lenguaje los adornos de la poesía escandinava —entre otros, la repetición de la misma letra, repetición extremada hasta el punto de que, en una de sus epístolas, hay quince palabras seguidas que empiezan del mismo modo, y, para completar este número de quince, pone un barbarismo griego entre las voces latinas (1). —En los otros, en los legendarios, se volverá á encontrar muchas veces esa deformación del latín violentado por el aflujo de una imaginación demasiado vigorosa. Invade esta última hasta su pedagogía y su ciencia. Alcuino, en los diálogos que compone para el hijo de Carlomagno, emplea, á manera de fórmulas, las frasecillas poéticas y desenfadadas que pululan en la poesía nacional. «¿Qué es el invierno? El destierro del estío.—¿Qué es la primavera? El pintor de la tierra.—¿Qué es el año? La cuádriga del mundo.—¿Qué es el sol? El esplendor del universo, la belleza del firmamento, la gracia de la naturaleza, la gloria del día, el repartidor de las horas.—¿Qué es el mar? El camino de los audaces, la frontera de la tierra, la posada de los ríos, el manantial de las lluvias.» Más aún: termina sus instrucciones con enigmas al estilo de los es-

(1) Primitus (pantorum procerum praeterumque pio potissimum paternoque praesertim privilegio) panegyricum poemataque passim prosatori sub polo promulgantes, stridula vocum symphonia ac melodiae cantinelaque carmine modulaturi hymnizemus.

kaldas, como los que se encuentran aún en los antiguos manuscritos, juntamente con los cantos bárbaros: última nota del genio nacional, que, cuando se afana por comprender las cosas, deja á un lado la deducción seca, escueta y enlazada, para emplear la imagen rara, lejana y multiplicada, y sustituye el análisis por la síntesis.

VIII

Tal es esa raza que, llegada á última hora, en medio de la decadencia de sus hermanas, la griega y la latina, trae al mundo una civilización nueva con un carácter y un espíritu nuevos. Inferior á sus antecesores en varios puntos, en otros los supera. En medio de sus bosques, sus cenagales y sus nieves, bajo su cielo inclemente y triste, en el curso de su larga barbarie, han conquistado el imperio los instintos rudos; el germano no ha adquirido el genio alegre, la facilidad expansiva, el sentimiento de la belleza armoniosa; su corpanchón flemático sigue siendo feroz y rígido, voraz y brutal; su espíritu inculto y rígido permanece inclinado al salvajismo y rehacio á la cultura. Sus ideas embotadas y coaguladas, no aciertan á ostentarse desembarazada y copiosamente, con un enlace natural y una regularidad involuntaria. Pero ese espíritu, privado del sentimiento de lo bello, no puede ser más á propósito para el sentimiento de lo verdadero. La profunda y punzante impresión que recibe del contacto de los objetos, y que no sabe expresar aún más que con un grito, le eximirá más tarde de la re-

tórica latina y convertirá su atención hacia las cosas á expensas de las palabras. Más aún: bajo el imperio del clima y de la soledad, del hábito de la resistencia y del esfuerzo, pone sus ojos en un ideal distinto: para él han conquistado la primacía los instintos viriles y morales, y, entre ellos, el anhelo de independencia, la afición á las costumbres serias y severas, la aptitud para la abnegación y la veneración, el culto del heroísmo. He ahí los rudimentos y elementos de una civilización más tardía, pero más sana, menos inclinada hacia el placer y la elegancia, mejor cimentada en la justicia y la verdad (1). En todo caso, hasta aquí la raza está intacta, intacta en su tosquedad primitiva; la cultura recibida de Roma no ha podido desenvolverla ni deformarla. Si ha entrado allí el cristianismo, es por afinidades naturales y sin alterar el genio nativo. Ahora va á venir una nueva conquista que, á más de ideas, trae también hombres. Pero los sajones, según costumbre de las razas germánicas, razas vigorosas y fecundas, se han multiplicado enormemente desde hace seis siglos; son quizá seis millones en este momento, y el ejército normando es de sesenta mil hombres (2). Y esos normandos, aunque alterados, aunque

(1) En Islandia, patria de los más feroces reyes del mar, no hay ya crímenes; las cárceles se han destinado á otros usos; no hay más castigos que multas.

(2) *Pictorial history*, I, 249. «Todas las ciudades, y aun los pueblos y lugarejos que hoy posee Inglaterra, parecen haber existido ya en los tiempos sajones... La división actual en parroquias es casi sin alteración la del siglo X.»

Según el *Doomsday book*, Turner calcula en trescientos mil el número de los jefes de familia indicados. Si cada familia es de cinco personas, suman un millón quinientos mil. Turner añade otros quinientos mil, incluyendo los cuatro condados del Norte, Londres y otras grandes ciudades, y los monjes y el clero de los campos, que no se cuentan... No hay que aceptar